A la ilustrada Redacción de "El Día". Recuerdo de la

BIBLIOTECA DEL "CLUB JUVENTUD SALTEÑA"

HÉCTOR MIRANDA

Artigas y el Paraguay

Conferencia pronunciada en el Teatro Nacional de la Asunción, con motivo de la visita á Iviray, organizada por - - el Club Juventud Salteña - -

SALTO ORIENTAL

Tipografía CÁNEPA & BOLLHORN

1913

BIBLIOTECA DEL "CLUB JUVENTUD SALTEÑA"

HÉCTOR MIRANDA

Artigas y el Paraguay

Conferencia pronunciada en el Teatro Nacional de la Asunción, con motivo de la visita á Ivirav, organizada por - - el Club Juventud Salteña - -

SALTO ORIENTAL

Tipografía CÁNEPA & BOLLHORN

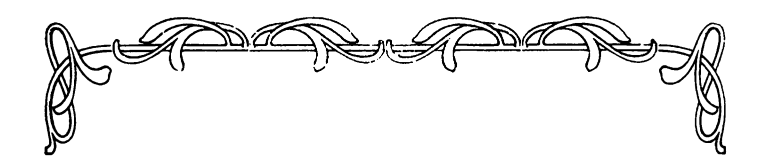
1913

Club Juventud Salteña

COMISIÓN DIRECTIVA

Presidente	AMÉRICO G. VILA
Vice „	ALBERTO R. DÍAZ
Secretario	FRANCISCO S. FORTEZA
Tesorero	ENRIQUE DERRÉGIBUS
Bibliotecario	AUGUSTO E. DECOUD
Vocales	JAVIER MOTTA
„	CESAR OSIMANI
„	PEDRO INVERNIZZI
„	JORGE ARMSTRONG





DISCURSO

Del Señor ARSENIO LOPEZ DECOUD invitando al Doctor

HÉCTOR MIRANDA á pasar á la tribuna

. . . .

La misión, que en este momento cumplo, de presentar á Héctor Miranda, á nuestro público de selección, me fué señalada al recibirse aquí la promesa jubilosa, hoy trocada en feliz y halagadora realidad, de que una peregrinación de orientales vendría á tierra paraguaya, para depositar en ella un tributo de sagrada admiración á los manes del fundador de su nacionalidad, del héroe muerto entre nosotros, cuyo último suspiro recojimos, como un legado de honor.

Poco sabía entonces de Miranda, lo confieso con rubor. Sólo el eco de su nombre había llegado hasta mí, con la vaga noticia de los triunfos de su palabra en los congresos estudiantiles que él tuvo la gloria de iniciar.

Ese pecado de ignorancia de que me acuso, y al que bien pudiera llamarse americano, halla su explicación, ya que no su atenuante, en esta vieja verdad que enuncio: Entre casi todas las naciones de nuestra América latina, si no entre todas, apenas si existe una corriente débil é intermitente de intelectualidad.

Cuando esa corriente existe se interna casi siem-

pre por vías dolorosas, para darnos la mutua ciencia, triste ciencia, de los errores y flaquezas de nuestra vida política, de los Atilas que en ella surjen; con la estadística minuciosa de las revoluciones y golpes de mano que provocaron, de la sangre que virtieron, de sus rapiñas y de sus depredaciones.

Rara vez, casi nunca, nos hace saber de los que en la paz y en el silencio de los gabinetes elaboran gloria pura, de los que conquistan para la patria, sin lágrimas y sin sangre, el laurel rosa de las únicas victorias que ennoblecen y dignifican á la humanidad.

De este modo, dos pueblos americanos, á los que todo une y nada separa, diré glosando la celebrada frase de un alto político de estos tiempos, se asemejan á aquellos famosos gemelos de Siam, que vivieron unidos por el vientre con un sólo corazón pero con dos cabezas distintas y dos cerebros sin unidad, ni relación de pensamiento.

Ojalá pudieran estas reflexiones valer una indulgencia á mi confesada ignorancia, ahora que sé de Miranda y de su obra, que de él y de ella voy á hacer la presentación á través de mi temperamento.

He leído dos de sus libros. Antes que llegaran á mis manos, sin crítica en que fundarme é impresionado por los pocos años del autor, imaginé encerrarían ellos la labor de un principiante de talento, de una promesa, como dicen los augures. Después, y al recorrer sus primeras páginas, grandes fueron mi alegría y mi sorpresa al descubrir en ellas la labor de erudito, de historiador y de artista «de uno que empieza por donde otros acaban», de uno que asciende con pasmosa rapidez hacia las cumbres resplandecientes de la Alta Inteligencia. Uno de esos libros «Las instrucciones del año XIII», es obra trascendente de erudición historico-americana, y de ciencia jurídica, expresadas en lenguaje sobrio, sereno, y elevado como clásico. Lo prologó Don Juan Zorrilla de San Martín y diré con él, por que mejor no podría, los fines esenciales del alto pensamiento que la concibió: Hacer conocer al fundador de la Patria Oriental; proyectar su sombra, co-

mo la de una realidad tangible en la imaginación de los hijos de su pueblo; demostrarles una verdad tal que sirva para fortalecer en ellos, con el sentimiento del amor á la tierra, el del orgullo inquebrantable y razonado de tenerla por madre.

«Elogio de los héroes» se titula el otro libro. En sus páginas ha derramado Miranda toda la fuerte y encantadora lozanía de su vida en flor. Crea en ellas belleza para decirnos de los que la crearon en «epopeyas vivas y en poemas de virtudes extrahumanas, héroes de extirpe igual á los de los señores del lenguaje «que glosan la obra heroica y plasman la estética de la línea para la eternidad de los siglos.» En el «Elogio de los héroes» desfilan triunfalmente con Artigas, el egregio capitán de la leyenda fabulosa, los coronados del verso y de la prosa, para los que viste Miranda de oro y púrpura su concepto.

Horacio y Virgilio, Hugo y Lamartine, Baudelaire, Verhaeren y Verlaine, Rubén y Valle Inclán son sus poetas familiares, y debe ser Homero su libro de cabecera. Asi pienso, porque es tan épica su expresión, tan vigoroso su sentimiento, tan honda su comprensión y tan grande su amor por todo lo que es puramente bello y bellamente heroico.

Las Instrucciones del año XIII y los capítulos dedicados á Artigas en el «Elogio de los héroes», constituyen el monumento ideal levantado por Miranda á la epopeya artiguiana.

Ellos son alto y perenne pedestal historiado, que revela en sus costados burilados por buril de eximio artista, los momentos culminantes y las trágicas jornadas de una vida ilustre y larga.

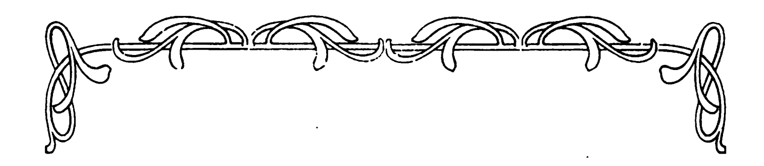
Sobre él, recta y abrumadora en su dramática grandeza, la figura sedente del viejo guerrero de mirar escintilante; á sus pies yace una espada con el acero mellado en su rudo y constante martillar sobre las cadenas de un pueblo; el viejo guerrero, inclinada la frente luminosa, cargada de gloria y pesadumbre, escribe sobre el bronce de una coraza simbólica, los dictados de su catecismo político inmortal.

El joven escritor, con el pujante esfuerzo de su inteligencia ha repetido la hazaña de Anfión, aquel de la lira mágica, á cuyos acordes se desprendían las piedras de sus lechos para concurrir expontáneas á la construcción de una ciudad.

Así también Miranda, con la magia de su ardiente patriotismo, que es en su tierra, palabra milagrosa, despertó sentimientos y recuerdos que dormían el sueño de la piedra en el fondo de las conciencias, y realizó con ellos, además de una apoteosis, la erección de un monumento, de un monumento que no es otra cosa al fin que una ciudad espiritual, en la que se agrupan, se agitan y viven los recuerdos!

Pero, á la ciudad de Anfión, como era de cal y canto, la borraron los siglos, y las ciudades espirituales como la de Miranda, perduran á lo largo de la vida eterna. Y ahora señores, ya conocéis á Héctor Miranda, y así como á la nube sucede el relámpago, así á mi palabra va á suceder la suya.

Pero, antes, dejadme deciros todavía lo que de ella sé: Yo sé de ella que es vibrante y elocuente, que al hablar de las batallas y de las proezas memorables del grande héroe de su patria, del predilecto de su corazón y de su mente, su voz resuena con rumores de roncos guerreros, á tambores que baten una carga; que al hablar de sus victorias se elevan y se aguzan hasta llegar á las claras sonoridades de un clarin; y sé, por último, que es de su verbo la virtud de exitar en los espíritus aquel sentimiento que arrojaba á los griegos en muchedumbre hasta sus templos, para golpear sobre los escudos que pendían de sus puertas, á los gritos formidables de ¡Patria! ¡Patria!



SEÑORAS; SEÑORES:

La misma ley histórica que nos acercó hace cien años,—en el periodo inicial de nuestra vida libre,—nos vuelve á reunir ahora en estos actos de intensa afectuosidad internacional.

Hace cien años éramos dos núcleos centrífugos en la inconexa nebulosa del virreinato caduco, hermanados por la identidad de intereses y de aspiraciones congéneres; celosos de nuestra autonomía; rebeldes al ce tro bonaerense; con la huraña y vidente preocupación de nuestros derechos; guardadores del arca, en la paz y en la guerra, con el brazo armado y la mirada vigilante.

Hoy, enclavados entre dos colosos, fuertes y prósperos,—nuestros intereses se juntan de nuevo, nuestro destino se identifica como hace un siglo; y no por que hayamos conquistado definitivamente nuestra independencia, y alejado, para siempre, la amenaza de ajenas hegemonías, debemos dejar de comprender que tenemos el mismo rol histórico, y que sufriríamos los mismos peligros, en el caso improbable, en que el pacifismo hiciera bancarrota, y un desnivel violento desequilibrara la balanza de los valores, en el ambiente internacional sudamericano.

Esa verdad indiscutible, que una historia trabajosa y sangrienta, nos ha enseñado con la ruda lección de nuestros comunes dolores,—la comprendió hace un siglo, con una nitidez que desconcierta,—el jefe de los orientales, y su audaz intuición le hizo ofrecer la mano del Uruguay, expontánea y cordial, á la fraternidad paraguaya.

He aquí señores, otra faz inexplorada de la psico-

logía de Artigas, de esa compleja y rica psicología que recién empiezan á comprender los hombres de mi país, acostumbrados largamente á mirar sólo su figura marcial, su gesto guerrillero, su gloria tempestada de hierro; la gloria escueta y luminosa de los altivos sableadores, de esos ciegos heroicos, que pueden ser, según lo imponga la fatalidad del ambiente, lo mismo libertadores que tiranos, los padres del pueblo ó el azote de Dios.

La historia, lentamente, va desenmascarando la leyenda. Poco á poco, la verdad desazona al prejuicio. Á paso trabajoso, la posteridad va comprendiendo, hasta el fondo, la profundidad de aquella inteligencia, la previsión de aquel talento, la originalidad de aquel carácter, el vigor de aquel espíritu, la exquisitez de aquel corazón.

Ese hombre que tiende personalmente las guerrillas, que abre, espada en mano, las filas enemigas, sufriendo á boca de jarro, los disparos de la mosquetería, —no es otro que ese mismo Artigas, que pide la apertura de puertos comerciales, que erige bibliotecas y escuelas, que proclama los derechos del hombre, que exije una constitución nacional, que habla del equilibrio entre los poderes, que lapida el despotismo militar, que programa la independencia, la federación y la democracia, que preside congresos, que dice discursos parlamentarios, que funda pueblos, que fomenta las labores agrarias, que manda sus frágiles buques, á través del Atlántico, á batirse, de cañón á cañón, con los fuertes lusitanos, en la propia tierra portuguesa.

Nada tiene de exraño, pues, que ese Artigas que fué nuestro primer guerrero, nuestro primer legislador, nuestro primer estadista,—haya sido también el primer diplomático de la tierra oriental.

No era, por cierto, la diplomacia de los embajadores de grandes estados, de esos graves ministros cuyos trágicos lápices modifican sobre el mapa guerrero, en opacos concilios, la obra sabia de la naturaleza.

Artigas no discutió nunca en sutiles congresos internacionales, el alcance de tal ó cual Bula, ó la tra-

yectoria de tal meridiano. No hizo zigzaguear su ingenio en los arrestos amorales de esos cenáculos agudos y sinuosos, bajo la penumbra de salas artesonadas, en que amenudo se apagan igualmente los pasos y las conciencias.

Su diplomacia fué la de los hombres fuertes y sinceros, educados en la verdad, sin ceceos de lacayos, enemigos de argucias y seguros de sus derechos; diplomacia de mediodía, pura y primitiva, como fué sin duda la de los pastores de pueblos, en la aurora humana, á la luz del sol, en la paz de los campos, junto al hacha de hierro de las edades patriarcales.

Artigas, que celebró un tratado comercial con Inglaterra, y que escribió á Monroe, iniciando relaciones con los Estados Unidos,—se preocupó, sobre todo, en los primeros momentos de su acción expansiva de propagandista republicano, de estrechar amistad con el pueblo paraguayo, poniéndose al habla con él, para la protección de sus intereses y de sus ideales comunes.

Las relaciones diplomáticas del Paraguay y el Uruguay, nacen con Artigas, el 7 de Diciembre de 1811, en los grises días del Exodo.

Las inicia el jefe de los Orientales desde su campamento en marcha, sobre la costa del Daymán, dirigiéndose de modo directo, á la Junta Gubernativa del Paraguay, detallándole circunstanciadamente la historia de la revolución uruguaya, desde el Grito de Asencio hasta los momentos en que escribe.

Es un largo documento, valiente y emocionado, con reflexiones atinadas sobre aquella hora crítica de la revolución, marcada por el retiro del sitio de Montevideo, y por el avance cauteloso de los portugueses sobre las codiciadas fronteras ríoplatenses.

Fuera de la pintura maestra de la eclosión revolucionaria y de la melancolía del Éxodo, que timbra en diapasón heroico aquellas páginas seculares,—hay allí médula política que deja adivinar la segura pluma de un estadista. Anota el peligro lusitano no sólo para el Uruguay, no sólo para Buenos Aires, sino para todos los pueblos platinos hasta los cuales había de exten-

derse la hegemonía conquistadora de los Braganza, —é insinúa la necesidad de un proceder armónico entre el Paraguay y el Estado Oriental.

Toda la correspondencia de Artigas y el Paraguay, en dos largos años de nerviosas vicisitudes, gira al rededor del mismo concepto angular; estrechar las relaciones entre los dos pueblos, para una acción material conjunta bajo el amparo de la más neta solidaridad moral.

Luchar de acuerdo contra el enemigo lusitano, contra el peligro español y contra el peligro porteño.

Defender la frontera, contra el paso de lobo de los ejércitos lusitanos; aniquilar la reacción hispana concentrada en Montevideo; hacer saltar en pedazos la supremacía opresora de Buenos Aires.—«Nuestra unión hará nuestra defensa» decía Artigas á la Junta del Paraguay, «y una libertad inviolable pondrá el sello de nuestra regeneración política.»

«Crea V. S. - expresaba en otra nota,—que no hay dos pueblos más estrechamente unidos, ni con unos vínculos más tiernos, más firmes, más llenos de dignidad y grandeza, y más capaces de caracterizar la verdadera unión.»

«El Uruguay y el Paraguay,—decía otra vez Artigas,—se presentarán en medio de las Naciones como dos pueblos destinados á ser el depósito de la libertad y la confederación».

«Estrechemos nuestra liga con ese pueblo grande, escribía poco después.—«Felices nosotros que hemos sabido conservar el ardor primero de la Revolución, aquel ardor, aquel fuego, que hace los encantos del entusiasmo y nos presenta en medio de estas oscilaciones, con la actitud bastante para destruir el imperio de las pasiones.»—«Libertad, igualdad, seguridad, son nuestros votos; libertad, igualdad, seguridad, serán nuestros dignos frutos. Ellos coronarán nuestros afanes y los de esa inmortal provincia».

«Facilitemos el sistema augusto de la confederación»,—decía Artigas,—y restablezcamos el régimen

popular, que selló la sangre de nuestros hermanos en los primeros días de la Revolución.»

Fulgencio Yegrós, Pedro Juan Cavallero y Francisco de la Mora,—respondían en igual tono, en nombre del Paraguay, y hasta se cruzaron entonces los primeros plenipotenciarios de pueblo á pueblo.

Ministros modestos, de dos patrias recientes,—no fueron, esos primeros portadores de mensajes internacionales, sabios adoctrinados en los rancios claustros de Córdoba ó Chuquisaca, con las alforjas llenas de sutilezas, sino dos recios capitanes de los ejércitos nativos, productos genuinos de la tierra madre, educados en la acción, en la escuela ruda y fecunda del sacrificio y de la victoria.

Juan Francisco Arias y Francisco Bartolomé Laguardia, se llamaron esos plenipotenciarios de la edad heroica—oriental, el uno, paraguayo, el otro,—cuyos nombres quiero, con amor, arrancar á la sombra, para ponerlos á la cabeza de nuestras memorias diplomáticas.

Porque bien, merecen, sin duda, ser recordados, ya que su fraternal ministerio no tenía entonces los halagos de la comodidad suntuaria de mejores tiempos, sino el alto honor del peligro, la ventaja moral de su misión histórica, que ellos talvez no pudieron comprender en su vasto sentido, pero que no fué por eso menos real, ni menos trascendente.

Yo ahorraré, á este selecto auditorio, el detalle de esas misiones de paz de nuestras viejas patrias, en el que está el germen remoto de nuestras actuales simpatías, pero es necesario que arranque algunas palabras de la memoria que hizo llegar á su gobierno el delegado paraguayo.

«El general Artigas,—decía éste, á principios de 1812,—es hombre de entera probidad, paraguayo en su sistema y pensamiento, y adicto á la provincia, de tal modo, que promete guardar unión con ella aún rompiendo con Buenos Aires.»

«Fué tan grande la complacencia del Ejército Oriental con la unión del Paraguay, continúa diciendo



el plenipotenciario asunceño,—y el General Artigas tan obsequioso y adheso á la Provincia, que me tributó los mayores honores que por ningún título yo merecía. Á distancia de diez leguas del campamento de Artigas, mandó éste á tres capitanes y á su secretario á recibirme y á acompañarme; á las dos leguas, el mayor general y tres teniente coroneles, á igual homenaje, y luego el general con toda la oficialidad y la música, á dos cuadras de distancia, á pie recibiéndome con un abrazo al encontrarnos».

Ese abrazo, señores, en aquellos tiempos y entre aquellos hombres, era algo más que un trivial cumplimiento de obsequiosidad extremada. Aquel abrazo, era la comunión de dos patrias, el encuentro armónico de dos ideales, abrazo de alma á alma, de corazón á corazón.

Pero la buena amistad tan bien comenzada, se interrumpe de pronto, y el Paraguay se aisla, hasta de su hermano Oriental, en la hosquedad de la dictadura.

José Gaspar de Francia lo retrae, tras la muralla china de los fortines, con que marcó, enérgicamente, la línea infranqueable de su soberanía.

Francia y Artigas, no fueron, sin duda, amigos, pero no podían ser, tampoco, enemigos.

Las diferencias de su carácter y de su ética política, eran impotentes para anular la identidad fundamental de la causa, y como bien lo anota un ilustre compatriota vuestro el Dr. Cecilio Báez,—si Francia guardaba á Artigas las espaldas, Artigas servía de antemural á la independencia paraguaya.

Artigas estaba tranquilo por el lado de la Asunción y el Paraguay sabía, por su parte, que para llegar á sus umbrales era preciso dejar atrás derrotada y sangrienta, la trágica leonera de la patria Oriental.

¿Hasta dónde hubieran ido, en efecto, los soldados de Lecor y las hordas de Chagas, sino hubieran tenido que luchar cuatro años, cuerpo á cuerpo, con los batallones de Artigas y con las épicas montoneras de Andresito?

¿Si no hubieran tenido que agotarse, quebrando su

nervio, ante aquella resistencia de epopeya, ruda, cruenta y desesperada que enrojeció paso á paso el camino de los ejércitos portugueses?

Sabían algo de eso, sin duda, aquellos alegres oficiales de que nos habla otro escritor paraguayo, Fulgencio Moreno, que una noche jovial corearon por las calles de la Asunción, sus coplas artiguistas, junto á sonatas lugareñas y á cantares de románticas fugas.

Sabía, sin duda, algo de eso, no obstante la acritud de su gesto, el Dictador Perpetuo que tuvo la obsesión salvadora de la independencia y el ideal de la república,—cuando abrió el solar paraguayo al último escuadrón artiguista, ofreciéndole el pan y la sal de una frugal hospitalidad.

Sabían, sin duda, algo de eso, con su instinto de patria, los aldeanos de Curuguatí y de Ivíray, que no miraron como extraño el arado de Artigas, al hundirse en la tierra, y que le hicieron suave el destierro y llevadera la adversidad.

Sabían, sin duda, algo de eso, los soldados de Yatay y de Boquerón que se aniquilaban sin odiarse, como arrastrados á una fatalidad siniestra, comprendiéndose y amándose en el triunfo y en la derrota, en la claridad de la gloria y en el pavor de la muerte.

Señores:

Al evocar el nombre de Artigas, en la tierra benigna que lo amparó treinta años, y que fué para él bondadosa y pródiga, se agolpan, sin quererlo, toda la emoción de la égloga y toda la melancolía del voluntario renunciamiento.

No era el antiguo penitente, que en un acto de fé, entrega al claustro para siempre la expiación de sus viejas caídas y de sus crueles pasiones, angustiadas y pecadoras.

No era el sátiro, virtuoso por agotamiento, sobrio por fuerza de la naturaleza, que esconde en la cáscara del aislamiento, el pavor de sus lacras morales y de sus vicios apagados.

No era el anacoreta, en la esterilidad de su gruta, ó el estilita en el absurdo de su inacción y de su mutismo.

Era, en cambio, el profeta que muda de escenario, pero no de temperamento, que proteje á los pobres después de haber fundado pueblos; que siembra semillas después de haber sembrado ideales; que practica, como siempre, la virtud de la acción, en la enemistad de las batallas ó en la fraternidad de los surcos.

El apostolado era distinto, pero el apóstol era siempre el mismo. El guerrero había muerto, el político se había extinguido eternamente; Artigas no era en el Paraguay un estadísta, pero era (asombro de Diógenes!) un hombre.

Señores:

Artigas nos une. En el recuerdo de Artigas el Paraguay y el Uruguay deben hermanarse á través de los siglos.

Que sea así perpetuamente, y que la figura del Héroe vencedora del tiempo, vierta una luz igual sobre estos dos pueblos lacerados y fraternos; triplemente fraternos: en el dolor, en el amor y en el heroísmo.

